

prestigio de su mediación y de su culto; y de la mujer engrandecida por la doctrina evangélica, que recoge sus más radiantes aureolas en el tipo divino de la Virgen de las Vírgenes, queda sólo la mujer considerada y protegida por afectos que carecen de ideales sobrehumanos: por el honor, por la cortesía, por la sociedad y por la Ley.

En el seno de las sociedades genuinamente cristianas, en la mujer católica, en las generaciones católicas, el cuadro es más grandioso y suave. La mujer, el hijo, el esposo son ciertamente dechados de respeto, de cortesanía, de honor y de delicadeza; pero son bastante más que esto, porque son las almas gemelas que acuden al llamamiento del Padre Celestial en el augusto Sacrificio; que se identifican en los sagrados convites, recibiendo el Pan de los ángeles; que han visto en la Familia de Belén y Nazareth sus prototipos perfectos y consoladores; que hacen de la devoción de María, de las virtudes de María, el ideal de su vida y las peregrinas visiones de sus sueños. En esos privilegiados hogares puede decirse que la mujer es siempre soberana, porque la Virgen María es Reina de los ángeles y de los hombres. El padre es siempre protector y guía, porque es el representante de aquel Padre de acendrado amor y de poderosa voluntad que está en los cielos. El hijo es respetuoso y sumiso, no tanto por la fuerza del deber como por el imperio de la Religión y de la ternura; todos allí vi-

ven, en suma, de la vida de Cristo, de los misterios todos de Cristo encarnado y perpetuado en la Humanidad por las entrañas de María, por su holocausto redentor y sobrenaturalmente fecundo, por su permanencia inmutable en la Iglesia, y por su transubstanciación real en nuestros altares, de los cuales desciende amorosamente á nuestro pecho.

Este, este es el hogar cristiano, elevado á su idealidad más alta, á su finalidad más sublime, á su representación más completa. Esta belleza inefable es la fecundidad de la planta, el perfume de la rosa, el azul puro del cielo, la transparencia del lago, el verdor de la colina, la onda serena del río que corre á confundirse con el mar, piélagos inmenso de venturas indescriptibles. Ese es el fecundo ejemplo que edifica las almas justas, que atrae los corazones rectos, que alimenta las generaciones castas, que esclarece los timbres heredados, ó comienza la cadena de nuevos y envidiables blasones, que aumenta los engrandecimientos de la patria, que inunda de gozo á la Iglesia de Jesucristo; que adquiere, en suma, títulos irrecusables para la gloria terrena y para los coronamientos infinitos.

Nosotros, hermanos míos, hemos tenido la incomparable dicha de alcanzar aquellos días venturosos, que se asemejaban á las narraciones bíblicas ó á las leyendas de los monasterios cristianos. Nosotros rezábamos la oración del *Angelus*

á la salida del sol, que parecía despedir con afecto á las rosadas tintas de la aurora, al elevarse en el cenit con toda su majestad y sus fulgores, y al ocultarse luego en el ocaso, dejándonos la esperanza segura de que habíamos de saludarle en el alba venidera. Nosotros hacíamos entre sonrisas y lágrimas la primera Comunión, iris perpetuo en los cielos de nuestra existencia, y fiesta de largos días en la mansión de nuestros mayores. Nosotros alzábamos fervorosas plegarias por el viajero y el peregrino en el furor de la tempestad, ó cuando la nieve cerraba de improviso el paso de nuestras sierras, sirviendo muchas veces de tumba al caminante traidoramente sorprendido, sin abrigo y sin defensa. Yo bien sé, para consolación de mi espíritu, y como estrella de nuestro porvenir, que la familia cristiana conserva en su mayoría la fe de sus creencias, el amor de sus tradiciones, la piedad ferviente de sus antepasados; yo sé que la imagen veneranda de la Madre de Dios está colocada á la cabecera de la cuna del infante, y que el Rosario y el Escapulario de la Virgen María se hallan pendientes de nuestro pecho como enseña y como escudo; pero siento honda tristeza, y me esfuerzo por aumentar mi fervor, y redoblo mis oraciones, cuando miro que en las actuales sociedades se entibian los sentimientos religiosos, y que los corazones se engolfan más y más en los piélagos del mundo, cuyo espíritu y cuyas seducciones traen

la muerte; cuando veo que los Parlamentos modernos, en todas las naciones de Europa, han ido poniendo sombras y deslustrando blasones en las gloriosas páginas del Matrimonio cristiano: cuando contemplo, por último, que ya sea por soberbias diabólicas, ya por cegueras terribles, ya por culpables fragilidades, muchos sabios de nuestro tiempo atacan esa institución santa y magnífica, siquiera sean todavía dignos y afectuosos en su hogar, dominados, á pesar suyo, por el influjo irresistible de la doctrina y la moral del Evangelio de Cristo, íntegra y fidelísimamente custodiadas por el magisterio de la Iglesia Católica. Los políticos y los legisladores de nuestra patria, que constituyen la primera generación de españoles influída por tan perniciosas doctrinas, no han llevado su audacia ó su indiferencia hasta donde las llevaron los legisladores y los gobernantes de otros países; pero ¡ay! únicamente el cielo, sólo la Providencia de Dios, servida por la sabiduría y el celo de los Supremos Pastores, y movida por las oraciones de las almas justas, les podrán detener en las pendientes del error y hacerles fuertes contra las maquinaciones de la iniquidad y la injusticia.

Resumiendo ya, Señores, las ideas de este Discurso, diremos que en la preparación maravillosa y en la historia real y sobrehumana de los Deposorios de la Virgen María encuentran todos los fieles de la verdadera Iglesia de Cristo resortes

perfectísimos para formar el corazón, y esperanzas consoladoras de paz y de ventura en la tierra, y de la visión del Señor en las moradas celestiales. Concebida esa privilegiada Criatura desde la eternidad en los designios del Altísimo; reinando ya por la profecía y por el símbolo sobre las generaciones que la antecedieron, su aparición en medio de los tiempos está henchida de misterio y de encanto. En los días de su niñez, Ella embalsama la patriarcal morada y gana los corazones con los perfumes de su inocencia y con los destellos de su hermosura. Conversando luego en el Templo con los Sacerdotes y con los ángeles, á la vez que su alma se perfecciona y se dilata para corresponder á la dignidad y á la grandeza de sus elevados destinos, ella se adorna de toda aquella diligente actividad, de todos los manuales primores de la mujer hebrea, descritos en los *Proverbios* (1), y que inspiraron á uno de nuestros grandes clásicos del siglo XVI un libro que arrebató. En los esponsales de María dijérase que las puertas del cielo se entreabren para dejarnos divisar los resplandores de aquella mansión dichosa: en las nupcias de José y de la dulce Virgen creemos penetrar ya en los atrios de la Jerusalén celeste: en el taller de Nazareth parece como que se nos muestra el Trono del Dios tres veces Santo, y las abundantes recompensas de todos los elegidos del

(1) Cap. XXXI.

Señor. Y en esa dulce Trinidad de la tierra, y en las excelencias y virtudes de la Virgen María, sublimadas por el Evangelio y por las imponderables prerrogativas de su maternidad divina, está el único modelo que puede levantar á la mujer cristiana hasta las cúspides de su grandeza y su prestigio; que puede asemejar el hogar de la familia á un Paraíso sin transgresiones y á una imagen del cielo. Fuera de esa imitación feliz, de esos conciertos divinos realizados por gracia del Verbo del Señor, que ha tomado su naturaleza humana en el seno de la angelical María, podremos, sí, contemplar en el hogar doméstico afectos profundos, sentimientos tiernos, virtudes estimables, sacrificios heroicos; pero jamás, jamás lograremos encontrar allí aquellas Reinas que salvaban los Estados con sus consejos y curaban las llagas de los enfermos con sus propias manos; ni aquellas Santas que sólo se alimentaban con el Manjar eucarístico; ni aquellas almas encendidas que, en los éxtasis de la oración, se elevaban sobre el pavimento del templo; ni esas mujeres admirables que se inmolan por practicar la caridad en los hospitales y en las epidemias; ni esos padres amorosos y esos hijos sumisos, capaces de todas las grandes abnegaciones. Y es porque en los hogares no católicos no se reconoce, no se venera, no se invoca ni se ama á la Virgen María, de quien nació Jesús, en toda la medida de su dignidad y de sus méritos; con toda la fe, con toda la espe-

ranza, con todo el amor con que manda honrarla, y reverenciarla la Iglesia Católica, Apostólica Romana, depositaria de todos los misterios, dispensadora de todos los Sacramentos de Cristo. *De qua'natus est Jesus.*

Vamos ahora nosotros, mis amados hermanos, á llevar á María un corazón conmovido por el arrepentimiento, regenerado por la gracia, bañado con el llanto, fortalecido para siempre con el amor de la verdad y con las perseverancias del bien. Venid, venid especialmente vosotros, seres que componéis la familia regenerada, para recoger en los ejemplos de esa Virgen los secretos de vuestra representación en la vida, y las luces todas de vuestros deberes. Vosotros, padres, pedid á la Virgen María que forme el corazón de vuestros hijos y que os ilumine y dirija para educarlos en la honradez y la virtud. Vosotros, hijos, pedidle que prolongue la vida de vuestros padres, que los vele en su postrer suspiro, concediéndoles una muerte tranquila; y, si ya no existieran, que les abra con su intercesión las puertas de los cielos. Vosotras, madres, pedidle inspiraciones para desempeñar vuestra santa misión de mediadoras y de ángeles custodios de vuestras familias. Diga, por último, cada uno de nosotros á esa Virgen celestial, con fervoroso acento:

¡Madre mía! Yo he sido para Ti un hijo olvidado é ingrato; pero sabes bien que mi labio nunca cesó de engrandecerte, ni mi corazón dejó en-

teramente de amarte. ¡Madre mía! Yo he corrido sin cesar por las sendas de las pasiones sin freno, y por entre las tinieblas de la culpa; pero siento que las piedades divinas han tocado á mi espíritu, y que el Buen Pastor Jesús me conduce sobre sus hombros al aprisco de las ovejas descarriadas, que Él busca y recobra con su caridad inmensa. Y puesto que mi alma alcanza ¡oh dulce Madre! el puerto salvador, bajo el amparo de tu valimiento y tu clemencia, dignate mantenerme en mis saludables propósitos y haz que yo viva y persevere siempre en la vida de la verdad y la virtud, hasta aquella hora solemne en que haya de lucir para mi alma la perpetua luz y la bienaventuranza infinita.

ASÍ SEA.

